

que no cree en Lerdo, y que con D. Benito no tiene de común sino la tendencia á las reelecciones; ese señor sí cumple sus promesas; su Estado es porfirista; habrá libertad. . . .

—¿Se fia usted en él?

—A ciegas.

—El Gobierno le ha dado una subvencion, y para que los bárbaros desaparezcan por allá, se necesita conservar por acá á D. Benito.

—Imposible.

—Vea usted esta carta.

—Leí nuestra derrota, y el lerdista soltó su primera carcajada, y ésta tan sorda, como las que se pierden entre los bigotes de Inda (juarista).

Junio 4 de 1871.



LOS MONOS

ESTABA D. Benito, anoche, como acostumbra, encadenado á su silla: presidia una Junta extraordinaria de Ministros. Balcárcel, que en sus narices tiene una doble válvula de seguridad, expelia periódicamente el viento, que siempre le sobra. El Ministro de la Guerra lucia su uniforme, como que habia estado de visita en el Colegio Militar. Pepe Castillo estudiaba la circular en que recomendó á los soldados que no diesen el debido cumplimiento á la ley de elecciones. El Ministro de Hacienda descubria con sorpresa, que en una cuenta que acababa de hacer, dos y dos no le producian cuatro. Mariscal bailaba, como esos viejecillos que, con piés de cerda, se colocan sobre los pianos. Y Alcaraz, representando la justicia y la Instruccion pública, preparaba un ponche para la concurrencia. La Nacion gasta en ese grupo más de cien mil pesos al año.

Don Benito, con la elocuencia que sólo emplea en negocios personales, dijo:

—Ya han visto ustedes los numerosos partes en que se nos comunica que los monos se han insurreccionado contra la linea telegráfica que corre de Veracruz á Tampico. Este acontecimiento, que al principio nos causó risa, amaga complicar

nuestros negocios en el Interior y en el Extranjero. De pronto descubro una coincidencia singular con los sucesos de Tampico; y no será difícil que en el Sur aparezcan iguales desórdenes, triste resultado de la liga lerdo-porfirista! Sea de esto lo que fuere, yo repito aquí lo que expresé en mi discurso de clausura: "El Ejecutivo está resuelto á reprimir con mano fuerte toda apelacion á las armas, todo motin, cualquiera que sea el pretexto con que se quiera disculparlo." Deliberémos, pues, sobre los monos.

Mariscal.—Tengo el gusto de dar una prueba á la Junta de Ministros, que confirma la utilidad de los gastos secretos en el Ministerio de relaciones; por medio de mis agentes, me he proporcionado estos interesantes documentos. Hé aquí una reclamacion que Mr. Monkeyson dirige á la comision de reclamaciones en Washington; importa tres millones de daños y perjuicios causados por los monos.

Mr. Monkeyson—dijo el Ministro de Hacienda—me ha autorizado para hacer proposiciones á la Junta, en cambio de un informe que favorezca sus pretensiones.

El Ministro de Gobernacion.—Puesto que usted vuelve de Ministro á Washington, allá arreglará satisfactoriamente este negocio como el de la California y el de los bonos consabidos.

El Ministro de Fomento.—Le pagaremos á Mr. Monkeyson en monos.

Romero.—Pero es el caso que él me ha prometido recompensarnos en las mismas especies que reciba.

Mariscal.—Este otro documento está en latin; pero está traducido por E.

Alcaraz.—¿Por E? ¡Admirable en latin! Yo le he visto traducir una oda á Diana, donde hay un *quac laborantes estero puellas*, en estos términos;

Deidad á quien invocan
Tres veces los muchachos
Para pasar sin riesgo
Los dolores del parto. . . .

Mariscal.—Pues bien, este documento me ha costado tres mil pesos, y se va á ver si están mal empleados. Es una peticion que el Arzobispo dirige al Papa, para que el infalible, con todo y su *anatema sit*, declare que los monos son animales racionales, todo esto con la mira de que los curas de la Sierra tengan á quien enseñar el Catecismo del Padre Ripalda.

Don Benito.—Esta declaracion seria sin ejemplo!

Pepe Castillo.—No lo juzgo así, supuesto que ya Su Santidad tuvo á bien declarar gente de razon á nuestros antepasados.

Don Benito.—Intrigas electorales! La mano de Lerdo

Pepe.—Acaso podremos derrotar á nuestros enemigos con sus propias armas! Me ocurre sí cortaremos la cola á los monos y los convertiremos en electores gobiernistas para esto les proporcionaremos una mesa abundante y un traje decente.

Alcaraz.—A propósito al entrar aquí me dieron una solicitud que viene al caso dice así:

"Ciudadano Presidente: N. N., ante usted, respetuosamente expongo:—Llevo algunos meses de escribir en uno de los periódicos que están en parte bajo el amparo del Gobierno; desempeño la seccion de injurias, pagándomelas á dos reales un dia con otro: estos recursos no me bastan ni para pasar humildemente la vida. He sabido que el Gobierno trata de proporcionar á los monos una mesa bien provista y un traje decente.

"Si insultando á todas horas á los enemigos del Gobierno he prestado algunos servicios á la causa de la reeleccion;

"A usted suplico que se sirva habilitarme de mono; recibiré gracia y justicia.—*Caton.*"

El Ministro de Hacienda.—Me parece justo lo que pide; pero si otorgamos un empleo de esa clase, nos van á abrumar con solicitudes. De luego á luego, de la misma imprenta, vendrá Tancredo.

En coro los asistentes.—Y todos tenemos muchos monos que colocar.

El Presidente.—Mandarémos una resolución, el negocio se presta. ¿No pudiéramos sacar nuevas leyes partiendo de esa confusión de los monos y de los hombres? ¿No se aprovecharían lo mismo que nosotros los diputados?

Balcárcel.—Podrémos revivir de pronto la ley que impone pena de muerte á los que rompen el alambre telegráfico. Así un elector no reeleccionista, tendrá en que escoger: Yucatan por vago, la muerte por plagiarlo, idem por destructor del telégrafo.

Pepe Castillo.—Todos los Estados nos van á pedir un auxilio para la guerra de monos.

Balcárcel.—Y concederémos esas subvenciones á todos, como hemos hecho con las que se refieren á la guerra de bárbaros, aunque no los tengan. ¡Acordaos de las elecciones!

Romero.—Acordaos de otra cosa igualmente importante. ¡Esas malditas cuentas! Los gastos secretos y extraordinarios de dos ó tres ministerios gastados por un solo ministro; los doscientos mil que no parecen en el ramo de Guerra; los.....

El presidente.—Todo eso lo cargarémos á los monos. Ábrase para todos los ministerios una partida con ese título, distinguiéndose entre lo ordinario, lo extraordinario y lo secreto.

Balcárcel.—¿A quién, pues, encomendamos la educación de los monos electorales?

Pepe.—Toma! A los gobernadores.

Mariscal.—Pero es necesario que sepan leer y escribir.

Alcaráz.—Basta con que sepan escribir, pues acreditando esto, lo otro se supone; por mal que pongan su firma, no tendrán peor letra que el *Nigromante*.

D. Benito.—Mucho hemos arreglado esta noche!

El ministro de la Guerra.—Falta lo mejor; me he reservado, de propósito, para lo último. Mis enemigos, que son los del Gobierno, van á llevar un solemne mentís. Señores! yo

voy á dirigir en persona la guerra contra los monos! Llevaré á los alumnos del Colegio Militar para que pierdan el miedo á esa clase de enemigos. Yo les diré: “los contrarios que teneis á la vista pelean con palos y con piedras; así combatían los aztecas, y les faltaba la cola, y Cortés se ha inmortalizado vencéndolos.”

Alcaráz.—Para animar al señor ministro me ocurre manifestarle que el más antiguo, que el más clásico de los poemas épicos se ocupa de Rama, un héroe de la India Oriental que sostuvo una lucha tremenda con los monos. En la Mejiada que me propongo escribir, diré como dijo el otro con la Ramiada:

Los gritos de la lid el aire hienden,
Cual si fuesen los buenos y los malos
Dioses, que el odio primitivo encienden
Y á quien el hombre daba esos regalos.

Los coludos guerreros se defienden
Con duras piedras y nudosos palos;
Y despues, acercándose insolentes,
Con uñas corvas y filosos dientes.

Pero, señor ministro, Rama de nuestra patria, la lucha suprema es entre los jefes.

Una turba de dioses los veía
Dando y volviendó los mandobles fieros;
Los halla así la noche y así el día;
En ambos campos los demás guerreros
Descansan contemplando la porfía;
Rama ha perdido desde los primeros
Golpes, los dientes, pero no los bríos.....

El ministro de la Guerra.—Yo cuidaré de no llevar los míos!

La verdad, Sr. Alcaráz, yo no pienso sostener una lucha

tan larga, ni deseo que vd. trabaje en ese poema. Me conformo con que me vaya vd. preparando una marcha.

Alcaráz, murmurando.—La haré por el tema de

Ahí vienen los monos
De Guarisamey.....

Abrióse de repente una puerta y se presentó Santacilia. Señores, dijo, el directorio juarista desea presentarse á ustedes.

Pase, dijo D. Benito. Pase, dijeron los ministros maquinalmente. Balcárcel observó: á estas horas grave negocio debe traerlos! El de Hacienda, haciendo una mueca: ordencitas! colocaciones!

Abrióse de nuevo la puerta y se presentó Santacilia con una docena de monos cautivos que la Empresa del telégrafo mandaba á D. Benito. La primera palabra de Mejía fué: "que identifiquen las personas." Pero los huéspedes, carcajeándose Santacilia, asaltaron mesa, papeles y ministros; y D. Benito, instintiva y monalmente, se trepó sobre su silla: en esa postura acabó de tomar su ponche.

Junio de 1871.

BOLETIN DE "EL MENSAJERO"

NOS hermanos, uno guerrillero y otro adjudicatario, acaban de tener conmigo una conversacion, que voy á publicar para evitarme otras por el mismo estilo que me promueven todos los dias iguales personajes.

El guerrillero.—¿Es vd., Sr. Nigromante, el presidente del Club Central?

Nigromante.—Debo á un número respetable de mis compatriotas ese honor, y el de ponerme á las órdenes de ustedes, á quienes supongo de mi misma comunión política.

El adjudicatario.—Nosotros en la actualidad no hemos fijado nuestra opinion sobre la cosa pública. Si tuviera vd. la bondad de darnos algunas explicaciones!.....

Nigromante.—Todas las que ustedes gusten.

Adjudicatario.—Ese lote de enfrente es del clero, ó de algun traidor?

Nigromante.—No sé..... ¿pero ese dato es interesante para la cuestion política?

El adjudicatario.—Puede ser..... de pronto me interesa personalmente..... no está en mi lista..... y ahora sospecho que puedo promover un negocio.